

Transformaciones de la relación entre espacio y cultura en el mundo contemporáneo

El proceso de desterritorialización

*Paola Hernández Salazar**

El espacio se parece a una compacta energía sonora y las palabras, que nombran, al delimitarla, crean los mundos estableciendo las diferencias.

CHANTAL MAILLARD

RESUMEN

El presente artículo tiene como propósito central discutir algunos de los planteamientos en torno al vínculo entre cultura y espacio, poniendo énfasis en las características del proceso de desterritorialización. Esto supone una reflexión acerca de las maneras en que se entiende el concepto de espacio y sus implicaciones, así como las conexiones entre este último y las nociones de identidad y frontera. Por último, se traen a la discusión ciertas resonancias del proceso de desterritorialización, en particular aquellas que apuntan a la polémica sobre la vigencia o inminente prescripción del Estado-nación y sus posibles consecuencias en las dimensiones social y cultural del mundo actual.

PALABRAS CLAVE: espacio, desterritorialización, Estado-nación, frontera.

ABSTRACT

This article claims to discuss some of the central proposals on the link between culture and space, emphasizing the characteristics of the process of deterritorialization. This involves considering how the concept of space is understood and its implications, as well as the connections between space and the notions of identity and border. Finally, they are brought to the discussion certain resonances of the deterritorialization process, particularly those that points out the controversy over the validity or imminent expiration of the Nation-State and its possible consequences on the social and cultural dimensions of today's world.

KEY WORDS: space, deterritorialization, Nation-State, border.

* Alumna de la generación 2007-2009, del Doctorado en Ciencias Sociales, Área Psicología Social de Grupos e Instituciones. Becaria del Conacyt [paolinhita @ yahoo.com.mx].

INTRODUCCIÓN

Intentar aproximarse a una descripción y análisis de las condiciones culturales, económicas, sociales y políticas del mundo contemporáneo nos conduce casi de manera inevitable al proceso de globalización y a algunos de sus “derivados” –por ejemplo, lo transnacional o la desterritorialización–, sin que en muchas ocasiones tengamos del todo claro a qué se refieren¹ y cuáles son sus implicaciones y distintas facetas. A esta dificultad para aprehender y especificar nociones como la de globalización, contribuye el hecho de que no sólo aparecen en una gran cantidad de publicaciones especializadas, sino que también han sido incorporadas al discurso de la vida cotidiana, lo cual conlleva un trabajo de producción y reproducción de los sujetos en torno a ellas.

Frente a este panorama, sobre todo de cara a la vastedad del campo y sus diversas ramificaciones, me parece apropiado adelantar que el presente texto aborda en particular el proceso de desterritorialización como condición cultural de la globalización, así como su vínculo con la discusión en torno a la vigencia o prescripción del Estado-nación. A su vez, esto requiere problematizar conceptos centrales como *espacio*, *identidad* y *frontera*.

PRIMERO LO PRIMERO: LA NOCIÓN DE ESPACIO²

El *espacio* suele ser un concepto invisible, un “aspecto” de la realidad que se da por sentado o que es pensado como una condición de existencia de los procesos sociales, razón por la cual no amerita ser interrogado. En palabras de Bachelard, cuando se realiza una meditación sobre el ser, suele ponerse al espacio entre paréntesis, lo dejamos “detrás de nosotros”, fuera, de tal manera que “el ser meditante esté libre en su pensamiento” (2000:270).

¹ Como señala Baricco (2002), con la globalización sucede algo similar que con la estupidez: es difícil encontrar una definición concreta, pero hay muchos ejemplos de ella.

² Resulta importante aclarar que, dados los objetivos del presente texto, no se discutirán las diferencias planteadas por diversos autores entre los conceptos de *espacio* y *lugar*, términos que, por tanto, serán usados de manera indistinta.

Por otro lado, diversas escuelas de pensamiento han considerado al espacio como una entidad estática, cerrada y de importancia secundaria en comparación con el tiempo.³ Esto se vincula con una de las raíces filosóficas que, de acuerdo con Lindón, Aguilar y Hiernaux (2006), tiene el espacio en tanto concepto: aquella que lo concibe como contenedor o receptáculo de los fenómenos; el espacio geométrico o euclidiano es, en consecuencia, el punto de partida.⁴ Además, este contenedor suele pensarse como neutro, sólo toma sus rasgos a partir de lo que en él se vierte. Una variante actual de esta perspectiva dentro de las ciencias sociales es la que postula al espacio como reflejo, escenario o telón de fondo de la sociedad y sus fenómenos.

Ligado con lo anterior, encontramos el hecho de que la representación del espacio se halla marcada por la ruptura y la disyunción. La distinción de naciones, sociedades y culturas está basada en una división no problematizada del espacio, desde el supuesto de que dichas entidades ocupan, de manera “natural”, espacios discontinuos. Esto deriva en buena medida de la organización clásica de la sociedad en Estados-nación, concepción que remite de inmediato a identidades autoconformadas y, por tanto, cerradas⁵ (Gupta y Ferguson, 1992; Massey, 2005).

Desde la perspectiva de Gupta y Ferguson (1992), este isomorfismo entre territorio y cultura ha traído consigo diferentes problemas. En primer lugar, cabría preguntarse: ¿qué pasa con las fronteras, con aquellos que las habitan o las cruzan frecuentemente? Este tema se abordará más adelante. En segundo: ¿cómo tratar la cuestión de las diferencias dentro de una misma localidad?⁶ Por último, es

³ De acuerdo con Massey (2005), la sobrevaloración del tiempo –en detrimento del espacio– se ve claramente reflejada en aquellos casos en los que se lleva a cabo una organización de la espacialidad en términos temporales, situación que queda de manifiesto en el empleo de términos como *avanzado* o *atrasado* para referirnos a regiones del planeta.

⁴ En contraposición con este planteamiento se encuentra la raíz idealista, la cual ha concebido al espacio como un modo de ver las cosas. Partiendo de este supuesto, algunos geógrafos lo piensan como una forma de percepción o un esquema mental (Lindón, Aguilar y Hiernaux, 2006).

⁵ Lo que Morley (2005:157) llama “geografías de exclusión”, las cuales pueden ser tanto virtuales como materiales.

⁶ El multiculturalismo, la noción de subcultura y la idea más clásica de etnicidad han sido intentos de problematizar la naturalizada asociación entre lugar y cultura;

imposible sostener el argumento de que las culturas son autónomas e independientes cuando resulta evidente que los espacios siempre han estado jerárquicamente interconectados.

Ahora bien, si rechazamos la idea de que el espacio es simplemente una superficie bien delimitada y con determinadas propiedades físicas, ¿qué es entonces?

Castro (1998:43) sostiene que en los últimos tiempos han surgido nuevas concepciones y discursos en torno al espacio que parecen acabar con su carácter muerto, pasivo e incompatible con la naturaleza de la conciencia humana, siempre experimentada en la modernidad como más afín al tiempo:

En nuestra época, el espacio ha dejado de ser lo opuesto al sujeto, aquel fetiche moderno iluminista de lo “inerte, vacío, mecánico y abstracto”, para devenir en una promesa de conciencia y subjetividad [*psicotópos, psicotópoi*], del mismo modo que había sucedido con el “soporte” temporal en la modernidad, desde Kant y Hegel hasta Darwin, Marx, Comte o Freud/Lacan [...] Es el tiempo, ahora, el que aparece constituido y tramado, “imaginariamente”, por marañas y “greñas” topológicas que revelan su genealogía y sus contaminaciones espaciales.

Por su parte, Lindón, Aguilar y Hiernaux sugieren que dentro de las distintas vertientes del concepto *espacio* existe una que representa de manera más clara el intento por separarse de una visión estática y únicamente material del mismo: la propuesta del espacio “vivido-concebido” (2006:12). En ésta, el énfasis se encuentra en los significados del espacio, en los sentidos que se le otorgan, lo cual implica la recuperación de conceptos como *experiencia* y *subjetividad*. Los autores señalan que el tránsito del estudio del “espacio percibido” hacia el del “vivido” se da a partir de “un proceso de contraste entre los elementos materiales y las representaciones, esquemas mentales, ideas e imágenes con los que los individuos se vinculan con el mundo, que por otra parte son de carácter socio-cultural”.

Las imágenes, imaginaciones y modos de representación de aspectos centrales de los lugares son producto de combinaciones particulares de información, experiencias, carencias y fantasías, que se resisten a

sin embargo, por diversas razones los resultados no han sido del todo satisfactorios (Gupta y Ferguson, 1992; Morley, 2005).

ser entendidas desde criterios meramente objetivos. Para penetrar en este campo de los imaginarios espaciales, sugieren Lindón, Aguilar y Hiernaux, es necesario considerar el valor simbólico que les da fuerza persuasiva, además de su capacidad para definir lo real y sus repercusiones sobre la acción.

En coincidencia con este planteamiento, Oslender (2002) señala, recuperando algunas ideas de Lefebvre, que los espacios de representación son dinámicos, simbólicos y saturados de significados, así como contruidos y modificados en el transcurso del tiempo por los actores sociales. Estas construcciones están arraigadas en la experiencia y constituyen un repertorio de articulaciones caracterizadas por su flexibilidad y por su capacidad de adaptación; se encuentran llenas de elementos imaginarios y simbólicos que tienen su origen en la historia personal y colectiva.

De esta forma, ir más allá de las dimensiones material y racional del espacio⁷ y considerar sus dimensiones simbólica e imaginaria representa la posibilidad de profundizar en el estudio y ampliar la comprensión de los fenómenos subjetivos y sociales, pues la manera en que los sujetos significan e imaginan el *aquí* y el *allá*, su lugar y el de los otros, determina tanto la forma en que lo experimentan como lo que hacen, esto es, sus prácticas cotidianas.

Por último, a manera de conclusión de este apartado, me gustaría rescatar la propuesta de Massey (2005), según la cual el espacio puede ser conceptualizado en función de tres aspectos: 1. es producto de interrelaciones; 2. es una “esfera de posibilidad de la existencia de la multiplicidad” en la que coexisten diferentes trayectorias; y 3. siempre está en proceso de formación, abierto.

Concebido de esta forma, el espacio siempre tiene algo de inesperado, imprevisible, caótico; es zona de disrupciones, es “el producto de las intrincaciones y complejidades, los entrecruzamientos y las desconexiones, de las relaciones, desde lo cósmico, inimaginable, hasta lo más íntimo y diminuto”. A su vez, es productor de nuevas trayectorias, historias e identidades (Massey, 2005:119).

⁷ Este “ir más allá” no implica hacer a un lado o ignorar la materialidad del espacio, ni que el imaginario sea simplemente una representación de ésta, sino que más bien, como señala Lindón (2006), ambos (materialidad e imaginario) enmarcan el desarrollo de modos de vida particulares.

SOBRE LA DESTERRITORIALIZACIÓN

La concepción del espacio propuesta por Massey aporta elementos para comprender el fenómeno de desterritorialización que vivimos hoy en día, en un mundo interconectado y marcado por el flujo de personas, bienes, dinero, símbolos e imágenes.

Tomlinson (2001) señala que varios de los teóricos que han abordado en sus trabajos las grandes transformaciones que experimenta la relación del lugar y la cultura en el contexto de la modernidad global, han utilizado concretamente el término *desterritorialización* (por ejemplo, Appadurai, García Canclini, Morley y Robins, etcétera). A pesar de que existen diferencias de acento, es posible identificar un sentido general del término, el cual se refiere a la pérdida de la relación naturalizada, descrita con anterioridad, entre la cultura y determinados territorios geográficos y sociales.

En este sentido, la desterritorialización, de acuerdo con Arfuch (2005), supone el desplazamiento, el “espaciamento” que se contrapone al “volumen homogéneo” del espacio y la linealidad del tiempo; de igual forma, nos remite a un metafórico “alejamiento del hogar” –pensado ya sea como origen, sentido literal o univocidad– a favor de las interacciones, las hibridaciones, las “fronteras indecisas”, el juego de las diferencias. La tensión, siempre irresuelta, entre desplazamiento y enraizamiento, caracteriza los espacios de saber así como los tránsitos migratorios, cuya amplitud y diversidad son los rasgos más nítidos de la globalización y también de las identidades y los espacios resultantes.

En palabras de Augé (1993; 1996), el proceso de desterritorialización atenta contra el “lugar antropológico”.⁸ Éste, de acuerdo con el autor, cuenta con tres características fundamentales: es relacional, identificatorio⁹ e histórico. Sin embargo, la sobremodernidad –caracterizada por un exceso de espacio, tiempo e individualismo– es productora

⁸ Aquel que se refiere tanto a la construcción concreta como simbólica del espacio y a la cual se remiten todos aquellos a quienes ella les asigna un lugar. De esta forma, el lugar antropológico es al mismo tiempo principio de sentido para aquellos que lo habitan y principio de inteligibilidad para aquel que lo observa.

⁹ El dispositivo espacial es a la vez lo que expresa la identidad del grupo (los orígenes de éste son a menudo diversos, pero es la identidad del lugar la que lo funda, lo reúne) y lo que el grupo debe defender contra las amenazas externas e internas para que el lenguaje de la identidad conserve su sentido (Augé, 1993).

de “no lugares”, de espacios que no cumplen con dichas características, por ejemplo, los lugares de tránsito (aeropuertos, carreteras, centros comerciales, etcétera).

No obstante, desde la perspectiva de diversos autores, el concepto de *no-lugar* es, cuando menos, discutible. Wildner (2006) y Vergara (2001), por ejemplo, aluden al hecho de que existen espacios considerados por Augé (1993) como no-lugares en los que es posible identificar prácticas e interacciones sociales particulares que pueden llegar a brindar un sentido de pertenencia a quienes los comparten, sitios en los que la identidad se reconstituye. Estos espacios, por tanto, marcan la biografía de los actores y, al mismo tiempo, las historias que se inscriben en los “espacios nuevos”, a pesar de ser más recientes, dejan una huella en el lugar.

En virtud de lo anterior, Wildner sostiene que la conceptualización de Augé es útil para realizar un acercamiento a los espacios urbanos de las metrópolis modernas, sin embargo, la definición y ubicación de un no-lugar como parte de las ciudades posmodernas resulta cuestionable. Desde la perspectiva de esta autora, la diferencia entre el lugar antropológico clásico y el no-lugar más bien tiene que ver con que en este último las maneras de interactuar y la comunicación tienen otro ritmo, pueden ser más efímeras y discontinuas. Por tanto, se dan diferentes formas de apropiación e identificación con el espacio, se le otorgan sentidos distintos.

En coincidencia con los planteamientos anteriores, Silva (2006:45) se encuentra en desacuerdo con la manera en que Augé concibe al lugar (lo cual, de antemano, cuestiona su concepción del no-lugar), pues le parece que sigue pensando a los espacios urbanos como espacios físicos tradicionales y estacionarios, cuando la realidad es que las ciudades contemporáneas se caracterizan por el tránsito, el movimiento y la acción entre sujetos desde sus “nuevas” culturas; de este modo, la ciudad entra en las mentes de los actores sin establecerse en “lugares” específicos.

Si bien las ideas anteriores evidencian puntos de tensión relevantes que subyacen a la propuesta de los no-lugares, antes de retomar algunos otros aspectos vinculados con el proceso de desterritorialización me parece pertinente añadir que el mismo Augé (1993) aclara que el lugar y el no-lugar no son polaridades, pues el primero no queda del todo borrado y el segundo nunca se cumple totalmente: en ellos se reinscribe sin cesar el embrollado juego entre identidad y

relación. En otras palabras, no existe un lugar y un no-lugar puros, hay un lugar en todo no-lugar y viceversa. No podemos ni siquiera imaginar la ausencia radical de historia, relaciones e identidad, pues más que de un no-lugar, se trataría del vacío mismo.

Volviendo a las características de la sobremodernidad descritas por el mismo Augé, dada su relación con el asunto que nos ocupa, me gustaría recuperar en particular el “exceso de espacio”, condición que de acuerdo con el autor se debe a una multiplicación de referencias imaginadas e imaginarias y a lo que, paradójicamente, se ha llamado el “estrechamiento” o “encogimiento” del planeta, gracias a lo cual tenemos la sensación de que lo que ocurre al otro lado del mundo nos concierne de inmediato. Como también comenta Lins Ribeiro (2003), este encogimiento se vincula con la proximidad e interdependencia de las diferencias, las cuales se dan cada vez de manera más compleja y creciente.

Cabe entonces preguntarse: ¿dónde estamos hoy en día cada uno de nosotros? Como apunta Castro (1998:45), si desde nuestra habitación podemos asistir a los juegos olímpicos que tienen lugar a miles de kilómetros de distancia y, paradójicamente, nos separan años luz del vecino que vive enfrente, “uno nunca está necesariamente donde está, ni deja de estar donde no está”. Después de dos siglos de modernidad, el sujeto comienza a “re-espacializarse” (imaginariamente), y han sido los medios de comunicación y sus imágenes exteriores los que nos han obligado a repensar las relaciones entre el espacio y el tiempo, así como la imaginación, la memoria, la razón, la voluntad y el deseo.

Tal como sugiere Castro, resulta evidente que esta percepción de “encogimiento” del planeta y el proceso de desterritorialización en general son posibles debido a la presencia cotidiana de las tecnologías de la información y, concretamente, de los medios electrónicos de comunicación. Como plantea Tomlinson (2001:137), “estar ‘mejor informados’ implica disponer de un conjunto de puntos de vista sobre los acontecimientos que superan la cultura propia, ser capaces de situarse a una distancia de los ‘ángulos’ nacionales, locales”. Así, la desterritorialización, fundamentada en esta apertura al mundo y en la ampliación de los horizontes culturales a partir de los medios de comunicación globalizados, produce una condición ambigua: *estar aquí* o *estar allá* tienden a confundirse cada vez más (Lins, 2003).

Finalmente, otro aspecto que no puede perderse de vista, dadas sus consecuencias socioculturales, políticas y económicas, es que el traslado –o la expulsión– de la población trabajadora de ciertos países –generalmente subdesarrollados– hacia los sectores y espacios reservados para las clases bajas en sociedades del primer mundo, contribuye de manera importante al fenómeno de desterritorialización, entre cuyas consecuencias se encuentra, de acuerdo con Appadurai (2001), una gran variedad de fundamentalismos globales. Las patrias inventadas que conforman el paisaje mediático de los grupos desterritorializados pueden llegar a ser lo suficientemente “fantásticas, parciales y reduccionistas” como para aportar una gran cantidad de materia prima para la producción de nuevos paisajes ideológicos que en muchos casos dan lugar a nuevos conflictos étnicos. Por esto es que constantemente hay enfrentamientos e intentos –o seudointentos– de negociación entre los representantes de los Estados-nación y los de los grupos desterritorializados.

RESONANCIAS DE LA DESTERRITORIALIZACIÓN:

¿FORTALECIMIENTO O CAÍDA DE LAS FRONTERAS Y LOS ESTADOS-NACIÓN?

El análisis del tema de las fronteras, en sus múltiples dimensiones, exige nuevas miradas y replanteamientos. Aunque hoy en día observamos que se realizan inversiones importantes en la construcción o renovación de fronteras tangibles –como el muro que el ex presidente estadounidense George Bush comenzó a construir para “impedir” a los migrantes indocumentados entrar al país que gobernaba–, en un mundo desterritorializado la conceptualización de las fronteras presenta, de la mano de la del Estado-nación, puntos de tensión importantes: por un lado, pareciera que se desdibujan y, por el otro, que su fuerza simbólica e imaginaria se recrudece.

¿Dónde comienza y dónde acaba un lugar?, ¿dónde termina el adentro y comienza el afuera, y viceversa? Dice Bachelard (2000:261) que en la dialéctica del afuera y el adentro los límites son barrera y

[...] hacer concreto lo de dentro y vasto lo de fuera son las tareas iniciales, los primeros problemas, de una antropología de la imaginación. [...] La puerta esquematiza dos posibilidades fuertes, que clasifican con claridad

dos tipos de ensueño. A veces, hela aquí bien cerrada, con los cerrojos echados, encadenada. A veces hela abierta, es decir, abierta de par en par.

Como señala Arfuch (2005:246), en la medida en que el umbral une tanto como separa, interior y exterior se transforman en dos caras de la misma moneda y la puerta bien puede simbolizar el aislamiento a la vez que la comunicación. La puerta “une el espacio finito con el infinito, el momento de contención con el de expansión, el adentro y el afuera, la unidad (el ‘ser para sí’ en casa) y el ser natural, abierto a la potencialidad ilimitada de la existencia”.

La metáfora de la puerta permite vislumbrar la complejidad inherente al concepto de *frontera*; sin embargo, dicha complejidad puede acrecentarse si tomamos en cuenta que hoy, más que nunca, el adentro y el afuera no son fácilmente distinguibles. El interior no necesariamente es esa unidad uniforme de la que habla Arfuch y los sujetos muchas veces se reconocen e identifican con elementos del exterior. Esto contribuye a que, como sugiere Vergara (2001:13), el esfuerzo por conceptualizar los nuevos espacios radicalice la relativización de las demarcaciones fundacionales del lugar, las que vinculan el dentro y el afuera.

Asimismo, me parece fundamental hacer patente la ambigüedad constitutiva de las fronteras, en términos de que son en sí mismas espacios¹⁰ y a la vez son límites de otros espacios, sin los cuales habría que preguntarse si estos últimos existirían, es decir, ¿puede haber un lugar sin fronteras? Para autores como Maillard (1998:85), esto no es posible:

El vacío –aquél vacío preliminar, no el espacio vacío abierto entre los límites– no es habitable. Sólo los mundos son habitables. Y los mundos se hacen trazando límites que hacen reconocibles los lugares, límites que siempre son de seguridad, pues procuran el cobijo al tiempo de la permanencia, domestican el vacío haciendo de él espacios, huecos y distancia.

Tal vez la cuestión no sea en realidad si deben existir o no fronteras para dar a un lugar su carácter como tal; más bien habría que preguntarse sobre la manera en que se conciben dichas fronteras. Si

¹⁰ Que incluso podría pensarse cuentan con sus propias fronteras: ¿fronteras de las fronteras?

de entrada las pensamos como espacios con las características descritas por Massey –conformadas a partir de la interacción y la multiplicidad, productoras de subjetividades e identidades y abiertas–, podríamos imaginar entonces fronteras porosas, límites flexibles que promuevan un cierto referente identitario, pero junto con muchos otros.

Hualde (2006) señala que la visión de la frontera varía según la coyuntura histórica de que se trate¹¹ y, retomando a varios autores, plantea que existen dos grandes posturas en torno a la concepción de la frontera: la de aquellos que la visualizan básicamente como una línea divisoria entre naciones y culturas, y la de quienes enfatizan la interacción, los nexos transnacionales. En palabras de Vergara (2000), hay posturas que se encuentran más apegadas a una visión meramente territorial o física y otras que apuntan a un reconocimiento de aspectos simbólicos e imaginarios.

Para Garduño (Hualde, 2006:130-131), existen tres enfoques básicos desarrollados en las últimas décadas en torno al concepto de *frontera* que me parece interesante rescatar: a) las “perspectivas literales” que la entienden como una región socioeconómica, frente a las “aliterales”, que la conciben como campo de acción social; b) las aproximaciones con un enfoque transcultural que ven a las poblaciones transfronterizas como grupos que se encuentran en un proceso de pérdida de los vínculos que los unían a sus respectivas culturas; en contraposición con este tipo de discurso se halla aquel que denuncia la opresión del centro hacia la frontera y la ignorancia de la fuerte identidad de los “fronterizos”; y c) aquellas posturas que sugieren el concepto de “zona de negociación transnacional” y “terreno disputado”.

Aunque pudieran discutirse cada una de estas aproximaciones –lo cual implicaría el análisis de la relación entre el concepto de *frontera* y algunos otros, como los de *identidad* y *vínculo social*–, lo que me parece relevante destacar por el momento es que, a excepción de las “perspectivas literales”, la frontera ha dejado de ser vista por los estudiosos de la materia como un lugar estático y, por el contrario, ha empezado a ser percibida como un sitio con vida propia en el que

¹¹ Por ejemplo, en el caso concreto de la frontera entre México y Estados Unidos, a grandes rasgos puede decirse que en la década de 1990 predominó una visión de libre comercio y economía de mercado, pero desde inicios de la presente década, la idea de seguridad ganó importancia.

continuamente se negocian identidades, muchas veces con maniobras de poder y resistencia.

Si bien no puede hacerse a un lado el peso de las reconfiguraciones territoriales asociadas a los procesos históricos que se han desencadenado en las últimas décadas –sobre todo desde la década de 1980–, es indudable que son los progresivos cambios socioespaciales resultado de la revolución tecnológica y de la globalización económica los que han producido modificaciones más significativas en la concepción tradicional de las fronteras. Por esto es que las perspectivas desarrolladas en los últimos tiempos han buscado comprenderlas en tanto lugares específicos diferenciados, en los cuales es posible descubrir dinámicas propias, prácticas ofensivas o de alianza, encuentros¹² y desencuentros entre los actores, etcétera (Barros y Zusman, 2000; Valero, 2000).

La superación de dicha concepción tradicional de las fronteras, añade Valero (2000:2), tiene que ver con que “sus funciones trascienden el marco jurídico asignado a la delimitación del territorio político y lentamente van adquiriendo otras competencias, tanto en sus ámbitos específicos, así como en el cometido que cumplen en las emergentes formas de producción y su consecuente organización espacial”. En consecuencia, las funciones de las fronteras están estrechamente relacionadas con sus actores e intereses.

La frontera, sostiene Hualde (2006:131), “ha pasado de ser una delimitación marginal y periférica del Estado-nación a ser centro, arena global o icono de los tiempos presentes”. Por ello se ha convertido en objeto de estudio de diversas investigaciones, como la de Méndez (2003:9), quien analiza las complejas características de las viviendas de los barrios que se encuentran en la frontera entre México y Estados Unidos y concluye, entre otras cosas, que se encuentran definidas por la expresión simultánea de varios tiempos y culturas identificadas con latitudes distantes –principalmente los lugares de

¹² Las fronteras no sólo son y han sido objeto de conflicto, sino también resultan ámbitos geográficos de definición de alianzas, solidaridad, intercambio, convivencia y convergencia de culturas. En este sentido, sin estar libres de polémicas y contrastes, las fronteras tienen un contenido socioespacial y económico en el que convergen intereses comunes de dos o más partes en ámbitos de desarrollo, medio ambiente y, en general, de calidad de vida, áreas en las cuales uno y otro lado se necesitan y complementan, convirtiéndose en espacios en los que se articulan a su vez elementos globales y locales de competencia (Barros y Zusman, 2000; Valero, 2000).

procedencia de los grupos sociales asentados–, así como por constituir un espacio de resistencia, efímero e identitario, “un gesto de pertenencia surgido ante la incertidumbre, brindando una posición al residente respecto a los demás”.

Como se dejó ver, en algunos casos pareciera que las fronteras se desvanecen, e incluso hay quienes apuntan a su definitiva eliminación frente a la movilidad y el flujo de información, bienes, capitales y personas. En otros casos sucede lo contrario: se intensifican los controles fronterizos y se desvela la función que han desempeñado históricamente: separar, delimitar el territorio sobre el que se extiende la soberanía de los Estados. Se levantan barreras materiales –como el referido muro– y se establecen normativas excluyentes para los extraños, los extranjeros. Se busca impedir el acceso a territorios económicos protegidos de aquellos que, por necesidad, buscan un sitio de trabajo fuera de sus lugares originarios; se conjugan, pues, las fronteras económicas y políticas bajo un mismo propósito (Valero, 2000; Laurín, 2002).

Lo anterior nos lleva a pensar que si bien a simple vista pareciera que el proceso de desterritorialización, al atentar contra la relación directa y naturalizada entre cultura y territorio, conlleva necesariamente la difuminación o debilitamiento de las fronteras, esto no es del todo así. Los límites, con su respectiva ambigüedad, se encuentran más vigentes que nunca. Que algunos productos culturales, tanto materiales como simbólicos, traspasen con mayor facilidad y frecuencia las fronteras (y, como ya se dejó ver, no es en todos los casos, pues intereses económicos y políticos marcan claras diferencias) no implica que éstas estén perdiendo fuerza; más bien se encuentran en un proceso de transformación: la manera en que permiten la comunicación entre el adentro y el afuera está cambiando, lo cual repercute en la vida de la frontera en sí misma en tanto espacio relacional.

Ahora bien, ¿qué sucede en el caso de los Estado-nación? Tanto la desterritorialización como el tema de las fronteras nos remiten necesariamente al cuestionamiento de la vigencia del Estado y de una identidad nacional definida, puesto que la vida diaria y el sentido de sí mismo se construyen en buena medida con influencias –tanto en el plano concreto como en el imaginario– que vienen del exterior, de formas de vida distantes. Aunque diversos autores coinciden en la existencia de una crisis del Estado-nación, hay diferentes posturas

en torno a la gravedad de la misma y sus repercusiones en los niveles político, social y cultural, así como en la subjetividad.

Para Appadurai (2001:34), por ejemplo, “el Estado-nación, como forma política moderna compleja, se encuentra en su hora final”; en otras palabras, es poco probable que, a largo plazo, el Estado y la nación sean quienes “arbitren la relación entre globalidad y modernidad”. Éstos sólo tienen sentido, sostiene el mismo autor, como partes de un sistema, el cual no cuenta con los recursos suficientes para enfrentar el fenómeno de los pueblos e imágenes en diáspora. Asimismo, la soberanía de buena parte de los Estados-nación existentes hoy en día se ve amenazada de manera constante por la presencia de guerras limítrofes y culturales, los flujos migratorios, la fuga de capitales, etcétera. Incluso en aquellos países donde la soberanía estatal pareciera estar intacta, la legitimidad del Estado se encuentra, con frecuencia, no asegurada.

La yuxtaposición de las migraciones con la velocidad del flujo de imágenes, guiones y sensaciones vehiculizadas por los medios masivos de comunicación, da como resultado “un nuevo orden de inestabilidad en la producción de subjetividades modernas”. A su vez, esto da lugar a la creación de “esferas públicas en diáspora” que ponen en crisis la relevancia del papel del Estado-nación en los grandes cambios sociales (Appadurai, 2001:20).

Por su parte, Hannerz (1996:146) cree que es innegable que en la actualidad existen grupos de personas para las cuales la nación no funciona como una fuente de resonancia cultural, es decir, se está dando, cuando menos, un empobrecimiento de la nación en términos culturales. Hay muchas relaciones entre personas y lugares que pueden cruzar las fronteras; de igual forma, entran en juego los círculos íntimos y los pequeños sistemas de redes, pues lo transnacional no siempre se mueve a gran escala. La percepción que tenemos es que estas ideas no se ajustan del todo a las ideas establecidas de nación y en este sentido es que ésta pasa a ser menos penetrante como idea. “El sentimiento de profundas raíces históricas puede sustituirse por una vivencia igualmente intensa de la discontinuidad y de la ruptura, como ocurre en el caso del emigrante transnacional”.

Ahora bien, la cuestión es que tampoco se puede tener la certeza de que exista algo más que sustituya la idea de nación, por ejemplo, una cultura transnacional. Los vínculos exteriores, con toda su

diversidad, no tienden a fundirse en una propuesta única y destacada que sirva como alternativa a la de nación. Los efectos de la globalización en la vida social son aún opacos. Por esto es que para diversos autores (por ejemplo, D. Smith), señala Hannerz, la cultura transnacional contemporánea es una formación débil, difusa, ecléctica y superficial, a diferencia de la cultura nacional.¹³ Incluso el emigrante, al contemplar un pasado que está distante en el tiempo y el espacio, puede estar intensificando el sentido de identidad nacional enraizado en la tierra que ha dejado, fenómeno que de alguna manera explica los nacionalismos que están en auge; la idea de nación que envuelve estas sociedades ofrece una estructura de pensamiento para evocar el pasado e imaginar el futuro.

También Robins y Aksoy (2005) y Tomlinson (2001) sostienen que existen posturas que abogan por la plena vigencia del Estado-nación, argumentando que el Estado sigue siendo “receptáculo” de poder e identidad. El control estatal de la ciudadanía, entendido no sólo como la organización de las personas dentro y fuera de las fronteras del Estado, sino también como una categoría primaria de autodefinición, aún es una herramienta poderosa que no ha sucumbido ante la globalización.¹⁴

En este mismo sentido, Tomlinson (2001:142) hace referencia al caso de Billig, autor que plantea la coexistencia de un “nacionalismo intenso” y un “nacionalismo trivial”; este último es el más novedoso y contribuye, de manera casi imperceptible y cotidiana, a la vinculación de los ciudadanos con el Estado-nación: “no es sólo una cobertura de los asuntos políticos, sino también en las noticias locales, los deportes, la cultura popular e incluso en los pronósticos meteorológicos, donde se logra la colocación sutil del lector (o el espectador) como miembro de la nación que es su hogar”. Billig niega, entonces, que un “globalismo trivial” esté sustituyendo al

¹³ La cual, desde la perspectiva de Smith (1991, en Hannerz, 1996), provee a los sujetos de tres satisfacciones principales: 1. da respuesta al problema del olvido personal; 2. existe un sentimiento de restitución nacional de la dignidad; y 3. ofrece la posibilidad de fraternidad.

¹⁴ Resulta interesante cómo la misma investigación y las políticas sociales tienen como soporte ontológico al Estado-nación. De acuerdo con Robins y Aksoy (2005:178), los científicos sociales han (¿o hemos?) adoptado un “nacionalismo metodológico que da por sentados los discursos, agendas, lealtades e historias nacionales; no los problematiza ni los transforma en objetos independientes de análisis”.

nacionalismo de antaño, en todo caso lo que ha cambiado son las estrategias y prácticas de identificación nacional.

No obstante que dichas estrategias existan, es indudable, como argumenta Tomlinson (2001:142-143), que las imágenes que apelan a ese nacionalismo trivial están en constante competencia –y considero que incluso podrían ser creadas y difundidas en respuesta a– con aquellas que remiten a la desterritorialización:

[...] el esfuerzo de fincar la identidad en la nación tiene que ser visto como *en obra*: como un proceso que no se desenvuelve con facilidad a partir de una cultura popular arraigada firmemente en un lugar geográfico, sino que se alcanza a contrapelo de una tendencia más amplia encaminada a que la identificación imaginaria escape sin dificultad de los límites asignados a la localidad.

Otro punto interesante tiene que ver con la necesidad de diferenciar al Estado de la nación y pensar las maneras en que ambos conceptos se relacionan. Atendiendo a esto, Hannerz (1996) plantea que el futuro de la nación y el del Estado no necesariamente coinciden. Desde su perspectiva, lo que está realmente en declive es la nación, pues el Estado –o cualquier tipo de agente que utilice su valor por razones de legitimación– puede encontrar otros caminos que le permitan seguir adelante sin contar con la nación como un hecho.

Por su parte, Appadurai (2001:52) sugiere que en la actualidad Estado y nación guardan una relación de confrontación:

[...] en muchas sociedades, la nación y el Estado pasaron a convertirse uno en el proyecto del otro. Es decir, mientras que las naciones (o más precisamente, los grupos con ideas acerca de lo nacional) persiguen conquistar o cooptar los Estados y el poder de los mismos, simultáneamente, a la inversa, los Estados también persiguen comandar y monopolizar las ideas acerca de lo nacional.

En consecuencia, el Estado y la nación se persiguen mutuamente, de manera que el guión que los une es cada vez más un símbolo de dislocación o disyunción.

Esta relación dislocada, añade Appadurai, tiene dos planos: 1. existe una batalla de la imaginación, donde Estado y nación intentan anularse uno al otro, lo cual constituye la base de los actuales separatismos y movimientos de mayorías y minorías; 2. la relación

está mezclada con las dislocaciones globales: las ideas acerca de lo nacional parecen estar aumentando en escala y, con frecuencia, atravesando las fronteras de los Estados. Éstos se ven presionados a mantenerse abiertos por fuerza de los medios de comunicación, la tecnología y los viajes, aunque ello implique amenazas al control sobre las ideas de lo nacional y lo popular.

El Estado pasó a ser el árbitro del proceso de repatriación de la diferencia [en la forma de bienes, signos, consignas o estilos]. Pero esta repatriación o expatriación de las imágenes y las mercancías de la diferencia continuamente contribuye a exacerbar la política interna del mayoritarismo y de la homogeneización, que son invocados frecuentemente en los debates en torno a la herencia cultural (Appadurai, 2001:56).

En resumen, la característica principal de la cultura global actual es la política de un esfuerzo simultáneo por parte de la identidad y la diferencia por anularse una a otra.

Como señalan Gupta y Ferguson (1992), incluso aquellos que permanecen en lugares familiares y ancestrales perciben que la relación con el lugar que habitan ha cambiado. Pareciera que se vive una “desterritorialización de la identidad” que nos lleva a preguntarnos: ¿qué significa hoy en día hablar de un “lugar de origen” o de los “nativos” que lo habitan?, ¿qué procesos se encuentran involucrados en las experiencias presentes de identidad cultural?

De acuerdo con Lins Ribeiro (2003:112-113), en un mundo caracterizado por mudanzas y flujos, las identidades sólo pueden ser definidas en relación con el otro, de manera más concreta, como la “síntesis de múltiples alteridades construidas a partir de un número enorme de contextos interactivos regulados”. Se trata, por tanto, de una identidad fragmentada:

[...] la fragmentación es vivida por un lado como un dato, como una realidad estructuradora del sujeto; por otro, como conjunto característico del propio sujeto, en constante mudanza, donde una de las múltiples facetas, o agregado de ellas, puede ser hegemónica(o) frente a las otras de acuerdo con las características de los contextos.

Y ENTONCES, ¿QUÉ SIGUE?

Puede concluirse entonces que, más allá de que nos encontremos o no ante la inminente caída del Estado y las fronteras nacionales y, por tanto, frente a la desaparición de la idea de identidad nacional, resultan innegables las transformaciones –tanto al nivel macro como micro– que están teniendo lugar y que cuando menos nos llevan a cuestionarnos su vigencia. Frente a este escenario, la interrogante que se abre de manera inevitable es: ¿qué sigue?, ¿cómo pensar las sociedades sin Estado-nación o, siendo menos radicales, con un Estado-nación debilitado?

Si seguimos a Massey (2005), para poder responder las interrogantes anteriores tendríamos que empezar por cuestionarnos la manera en que concebimos el espacio. Así, las preguntas que deberíamos contestar en primera instancia tendrían que ser: ¿cómo imaginar el lugar sin que sea exclusivo, ni definido en términos de un dentro y un afuera, ni dependiente de nociones sobre una autenticidad generada internamente?, ¿cómo desarrollar un sentido global del espacio?, ¿cómo construir un “nosotros” que no sea esencialista, fijo, separatista, defensivo ni excluyente?

El mundo actual exige una nueva “imaginación geográfica”, señala Massey, que desde su perspectiva se expresa en cuatro caminos: 1. considerar al espacio como parte necesaria de la generación de lo nuevo, de la producción de la sociedad; 2. poner en cuestión nociones como la de identidad de lugar, la cual se corresponde con discursos como el de la “limpieza étnica” y los nacionalismos en general; 3. pensar en nuevas formas políticas, en las que se expongan los mapas de poder a partir de los cuales se construyen las identidades (así, en lugar de reclamar derechos para un conjunto de identidades preconstituidas, la política asumiría la responsabilidad por la forma de las relaciones por medio de las cuales se forjan esas identidades); y 4. rechazar la idea del mundo en términos de secuencias históricas: el futuro no está escrito de antemano.

En consonancia con el planteamiento anterior, Augé (1993:42) señala que nos encontramos ante una crisis del espacio y de la alteridad, pues el mundo de la sobremodernidad tiene medidas distintas a las que conocíamos. Vivimos en un mundo que no hemos aprendido a mirar todavía, lo cual nos obliga a replantearnos diferentes formas de pensar el espacio:

¿Cómo pensar en el planeta a la vez como un cantón y en mi cantón como un mundo? [...] La estabilidad del otro era lo que convertía la identidad en algo concebible y fácil [...] Hoy, la categoría del otro se ha enturbiado. Esto no significa que el chovinismo, el racismo o el espíritu de clase hayan desaparecido. Se podría incluso sugerir, al contrario, que todos aquellos conocen expresiones particulares exacerbadas gracias al enturbiamiento de los signos. A falta de pensar en el otro, se construye al extranjero [Augé, 1996:108].

Tal vez al final el orden posnacional emergente no sea un sistema de unidades homogéneas (como el actual sistema de Estados-nación), piensa Appadurai (2001:38), sino un sistema basado en relaciones entre unidades heterogéneas. “El gran desafío para este orden emergente será ver si la heterogeneidad es consistente con ciertas convenciones mínimas de valores y normas que no requieran una adhesión estricta al contrato social liberal del Occidente moderno”. Desde el punto de vista del autor, esto sólo podrá lograrse mediante negociaciones entre los mundos imaginados por estos diversos intereses y movimientos. Por supuesto, la pregunta que surge frente a esto es: ¿cómo lograr negociaciones justas? Además, ¿cómo construir encuentros a los que todas las voces involucradas, o cuando menos buena parte de ellas, sean convocadas y realmente escuchadas?

En relación con este último punto, y con lo que el mismo Appadurai denomina la dimensión ética del proceso de desterritorialización, también vale la pena rescatar un cuestionamiento que él mismo plantea: ¿cuál será el mecanismo que asegure la protección de las minorías, una distribución mínima de los derechos democráticos o una posibilidad razonable de desarrollo de la sociedad civil?

Aunque Appadurai menciona que es difícil hacer predicciones y emitir juicios certeros, lanza algunas ideas –me parece que un tanto optimistas– acerca de lo que viene. En lo que respecta a la negociación que tendría que darse entre los diferentes grupos en conflicto, considera que a pesar de que a corto plazo el proceso conlleve una carga fuerte de violencia, es probable que a largo plazo, ya libres de los constreñimientos de la forma nación, seamos capaces de valorar la libertad cultural y de desarrollar una forma sostenible de justicia; en este sentido, las esferas públicas diaspóricas serán –y de hecho ya son– el “crisol” donde se cocine el orden político posnacional.

Por otro lado, en lo que concierne a la posibilidad de crear mecanismos que aseguren el desarrollo de una sociedad civil organizada, el autor hace alusión a que si bien los diferentes movimientos sociales transnacionales aún no permiten vislumbrar un gobierno transnacional o instancia semejante, hoy en día ya existen formas y arreglos sociales concretos¹⁵ que quizá contengan la semilla de formas de filiación y lealtad de diverso tipo que podrían servir como base para lograr la tarea en cuestión.

Este último punto coincide con lo planteado por Tomlinson (2001), quien considera que uno de los elementos clave en la creación de un proyecto político y social sólido es el poder del compromiso moral, la reciprocidad y la solidaridad (usualmente presentes en las sociedades locales). Retomando a Berking, parte del supuesto de que en la actualidad se está dando el surgimiento de un "individualismo solidario" en el que la formación de la identidad individual depende de una creciente conciencia reflexiva de las relaciones con el otro, y que puede ser el precedente de un movimiento social que absorba los aspectos positivos de este tipo de individualismo. Así, en medio de las incertidumbres de la modernidad global, nada garantiza la formación de una sociedad cosmopolita, señala Tomlinson, pero la posibilidad de que llegue a existir depende de ciertos recursos culturales modernos ya presentes.

Esto último se relaciona con lo planteado por Gupta y Ferguson (1992) en cuanto a que, si bien la desterritorialización ha desestabilizado la fijeza de nosotros mismos y los otros, esto no significa que se hayan creado "mónadas" que se encuentren flotando libremente; la indeterminación tiene límites políticos importantes. Por ello, hablar de desterritorialización no es suficiente, también es necesario teorizar acerca de cómo el espacio está siendo reterritorializado en el mundo contemporáneo.

Finalmente, lo anterior implica redefinir, en contextos nacionales específicos, el lugar y las identidades atribuidas a segmentos étnicos minoritarios, sobre todo a aquellos que se encuentran en posiciones subordinadas y a los migrantes, sugiere Lins Ribeiro (2003). Además,

¹⁵ Hannerz (1996) también hace hincapié en la necesidad de que sigan surgiendo asociaciones políticas nuevas y más amplias, así como diferentes tipos de comunidades culturales pues no basta con imaginar la comunidad global. Este será un proceso a pequeña y gran escala, por momentos planeado y organizado y por momentos no.

habrá que seguir estudiando las condiciones de estructuración del transnacionalismo para, de este modo, lograr la construcción de comunidades políticas donde heteroglosia y homogeneidad puedan coexistir como paradoja y no como contradicción.

BIBLIOGRAFÍA

- Appadurai, Arjun (2001), *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*, FCE/Trilce, Argentina.
- Arfuch, Leonor (2005), "Cronotopías de la intimidad", en Leonor Arfuch (comp.), *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*, Paidós, Buenos Aires.
- Augé, Marc (1996), *El sentido de los otros*, Paidós, Barcelona.
- (1993), *Los "no lugares". Espacios del anonimato*, Gedisa, Barcelona.
- Bachelard, Gaston (2000), *La poética del espacio*, FCE, México.
- Baricco, Alessandro (2002), *Next. Sobre la globalización y el mundo que viene*, Anagrama, Barcelona.
- Barros, Claudia y Perla Zusman (2000), "Nuevas y viejas fronteras. ¿Nuevos y viejos encuentros y desencuentros?", *Scripta Nova, Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, núm. 69 (50), disponible en <http://www.ub.es/geocrit/sn-69-50.htm>
- Castro, Luis (1998), "El espacio/tiempo social: fragmentos de ontología política", *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura* (De espacios y lugares: preocupaciones y ocupaciones), núm. 34-35, invierno.
- Gupta, Akhil y James Ferguson (1992), "Beyond 'culture': space, identity and the politics of difference", *Cultural Anthropology*, vol. 7, núm. 1, pp. 6-23.
- Hannerz, Ulf (1996), *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares*, Cátedra, Madrid.
- Hualde, Alfredo (2006), "Vecinos muy cercanos: lo local y lo global en el espacio transfronterizo México-Estados Unidos", en C. Bueno y M. Pérez Negrete (coords.), *Espacios Globales*, UIA/ Plaza y Valdés, México.
- Laurín, Alicia (2002), "En busca de trabajo: entre la frontera y la soberanía del Estado", *Scripta Nova, Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, vol. VI, núm. 119 (19), 1 de agosto, disponible en <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn119-19.htm>
- Lins Ribeiro, Gustavo (2003), *Postimperialismo. Cultura y política en el mundo contemporáneo*, Gedisa, Barcelona.
- Lindón, Alicia (2006), "Del suburbio como paraíso a la espacialidad periférica del miedo", en Alicia Lindón, Miguel Ángel Aguilar y Daniel

- Hiernaux (coords.), *Lugares e imaginarios en la metrópolis*, Anthropos/UAM-Iztapalapa, México.
- Lindón, Alicia, Miguel Ángel Aguilar y Daniel Hiernaux (2006), "De la espacialidad, el lugar y los imaginarios urbanos: a modo de introducción", en A. Lindón, M.A. Aguilar y D. Hiernaux (coords.), *Lugares e imaginarios en la metrópolis*, Anthropos/UAM-Iztapalapa, México.
- Maillard, Chantal (1998), "Lugares sagrados: el espacio sonoro de la India", *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura* (De espacios y lugares: preocupaciones y ocupaciones), núm. 34-35, invierno.
- Massey, Doreen (2005), "La filosofía y la política de la espacialidad: algunas consideraciones", en Leonor Arfuch (comp.), *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*, Paidós, Buenos Aires.
- Méndez, Eloy (2003), "Espacio físico y espacio social en la frontera México-USA", *Scripta Nova, Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, vol. VII, núm. 146(142), 1 de agosto, disponible en [http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-146\(142\).htm](http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-146(142).htm)
- Morley, David (2005), "Pertenencias. Lugar, espacio e identidad en un mundo mediatizado", en Leonor Arfuch (comp.), *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*, Paidós, Buenos Aires.
- Oslender, Ulrich (2002), "Espacio, lugar y movimientos sociales: hacia una 'espacialidad de resistencia'", *Scripta Nova, Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, vol. VI, núm. 115, 1 de junio, disponible en <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-115.htm>
- Robins, Kevin y Asu Aksoy (2005), "El que busca encuentra. Mirada transnacional y conocimiento-experiencia", en Leonor Arfuch (comp.), *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*, Paidós, Buenos Aires.
- Tomlinson, John (2001), *Globalización y cultura*, Oxford, México.
- Valero, Mario (2000), "Fronteras, espacios por la innovación y el cambio social: apreciaciones a partir de la experiencia venezolana", *Scripta Nova, Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, núm. 69 (52), 1 de agosto, disponible en <http://www.ub.es/geocrit/sn-69-52.htm>
- Vergara, Abilio (2001), "Introducción. El lugar antropológico", en M.A. Aguilar, A. Sevilla y A. Vergara, *La ciudad desde sus lugares. Trece ventanas etnográficas para una metrópoli*, Miguel Ángel Porrúa/Conaculta/UAM-Iztapalapa, México.
- Wildner, Kathrin (2006), "Los nuevos centros y la periferia: el proyecto Santa Fe, México; y Hafén City, Hamburgo. Etnografía urbana de la globalización", en C. Bueno y M. Pérez Negrete (coords.), *Espacios Globales*, UIA/Plaza y Valdés, México.